

El mesié de los cubanos

AMELIA DUARTE DE LA ROSA,
enviada especial

PROBABLEMENTE NO exista en todo Puerto Príncipe otro haitiano que haya convivido tanto tiempo con los cubanos como Eyroll Assad o *monsieur* (mesié), como muchos le llaman. La explicación es sencilla: durante estos últimos trece años buena parte de nuestros colaboradores se han hospedado en su hotel. De modo que, tanto *mesié* como su Park Hotel son los únicos que conservan en la memoria mayor cantidad de historias y costumbres sobre nuestras formas de vida.

Con un hablar pausado y campechano, *mesié* siempre ha mostrado dosis considerables de simpatía cada vez que recibe o comparte con algún cubano. Digamos que a este hombre de 70 años, corpulento para su edad, le resulta fácil y natural evidenciar su cariño. Basta conversar una hora con él para oírle recordar cuántos amigos tiene en Cuba. Su mirada desprende una impresión de sinceridad mientras comenta: “me siento el padre de todos los cubanos en Haití, en estos años han sido numerosos los que han pasado por aquí, lo recuerdo especialmente y con muchos he hecho amistad”.

Mesié, quien ha estado tres veces en la Isla, presume de conocer a cubanos desde Guantánamo hasta Pinar del Río. “En cualquier hospital de Cuba que llego conozco a alguien, médico o enfermera —dice satisfecho— han sido muy buenos momentos los que hemos pasado juntos y eso no se olvida”.

Pero no es solo añoranza por una época pasada, igualmente ahora Eyroll mantiene amistad con los cubanos que habitan en el Park Hotel. Actualmente varios colaboradores trabajan en apartamentos del recinto, convertidos en oficinas de la Brigada Médica. Una de ellas, la vicecoordinación económica, que dirige Jorge Luis Delgado, se encuentra en el mismo lugar que años atrás ocupó la Fundación Martha Jean Claude. Pues sí, el Park Hotel atesora muchas historias.

desde Haití



Ubicado en la Rue Capois, una de las calles más céntricas de Puerto Príncipe, y a menos de 50 metros de un antiguo parque, ahora campamento de desplazados, el Park Hotel es una construcción grande pero sencilla a la vez. En los cuatro mil metros cuadrados que abarca posee seis propiedades aledañas al edificio central, una casa que —según *mesié*— adquirió su padre en 1943.

Un ambiente ameno y familiar ofrece la decoración de sus distintos estilos arquitectónicos, producto de la ampliación que se le hizo hace 35 años. Es una construcción limpia, discretamente amueblada, donde el terremoto causó estragos. En lo que otrora fuera la fachada de una lujosa mansión colonial solo quedan un par de tablas endebles y, en su interior, de las 40 habitaciones, 18 desaparecieron. Sin embargo, comenta *mesié* orgulloso, durante el siniestro nadie perdió la vida.

“Ninguno de los huéspedes ni los trabajadores sufrimos daños, ese día también había cubanos hospedados aquí”, revela como dato curioso Eyroll, quien desde 1962 se dedica al negocio familiar luego de haber estudiado administración de empresas.

Quizás por esos estudios es que no se impacienta tanto con el poco turismo que llega a Puerto Príncipe. *Mesié* atribuye la depresión a la falsedad mediática que, en los últimos años, ensombreció la cara de Haití. No obstante, reconoce que con el nuevo presidente ha habido un ligero incremento del turismo.

Al término de la conversación y casi como justificando su empatía con los cubanos, sentenció: “haitianos y cubanos nos parecemos mucho. Además de la lengua no existen tantas diferencias entre nosotros, aunque eso sí, los cubanos son más trabajadores y disciplinados. El sentimiento de simpatía que tenemos con ustedes es histórico. Las puertas de mi hotel siempre van a estar abiertas para Cuba”.

Un poco más adelante, a la salida del lobby, varios cubanos me confirman que *mesié* siempre se ha preocupado y ocupado por su tranquilidad y seguridad. Una frase lo resumió todo: “no es solo el *monsieur* del Park Hotel, es también el *mesié* de los cubanos”.

CONFLICTO PALESTINO-ISRAELÍ

Des-arabizar Palestina

DALIA GONZÁLEZ DELGADO

EL GOBIERNO ISRAELÍ no quiere la paz con Palestina. Sus planes son otros: des-arabizar la región. Y para eso ha encontrado varias fórmulas. Desde que Jerusalén Este fue ocupada por Israel en 1967 e incorporada a ese territorio en 1980 —ocupación que, por cierto, viola el derecho internacional—, Israel se ha propuesto lograr la mayoría demográfica en la ciudad, mediante una minuciosa y meditada construcción de enclaves en sitios puntuales.

Las casas de los palestinos son destruidas, mientras se edifican industrias, carreteras, centros comerciales, escuelas y comunidades cerradas con piscinas, solo para los israelíes.

Durante el 2011 se levantaron en Cisjordania unas 2 500 nuevas casas para colonos israelíes, y se ampliaron los asentamientos en Jerusalén Este, para acelerar ese proceso.

Según datos del Centro de Información Alternativa (AIC) Palestina/Israel, si bien la ocupación física de la tierra se ha cumplido, ya que casi la mitad de Jerusalén Este se encuentra en manos de colonias, aún no hay mayoría judía, pues los colonos no forman más que el 35 % de la población total de Jerusalén Oriental. Si seguimos los estudios del profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, Sergio Della Pergola “los judíos tienen una media de 2,7 hijos, los palestinos cuatro.

¿Cómo contrarresta Israel la mayoría demográfica palestina? Pues aislando físicamente a Jerusalén Oriental del resto de Cisjordania.

Según la especialista Luz Welles, también del Centro de Información Alternativa, Israel tiene planes arquitectónicos diseñados para separar Jerusalén Este de Cisjordania, algo que frustraría la posibilidad de una solución política que incluya la división de la ciudad y permita que Jerusalén Este sea capital del Estado palestino. Para los palestinos, no habrá acuerdo de paz hasta que Israel ceda el control de una parte de la ciudad.

La expropiación masiva de tierras constituye una política clara de Israel. En general, el discurso público israelí no trata dichas construcciones como asentamientos sino como barrios, considerándolos totalmente legítimos. Pero, de acuerdo con el derecho y la comunidad internacional, se trata de asentamientos ilegales, ya que se construyeron más allá de la Línea Verde, en territorio ocupado.

Desde 1967, han perdido su derecho a residir en Jerusalén Este, 70 000 palestinos, de acuerdo con cifras del Comité Israelí contra las Demoliciones (ICAHN, por sus siglas en inglés), una organización no gubernamental que defiende los derechos de los palestinos que viven en Jerusalén y Cisjordania.



Asentamientos israelíes en un barrio musulmán en Jerusalén.

FOTO: LUZ WELLES, AIC.

Otro asunto importante que el Gobierno sionista sabe manejar muy bien para llevar a cabo la limpieza étnica es la educación. Miko Peled nació en Jerusalén, y aunque proviene de una renombrada familia sionista, se convirtió en activista por la paz. Con conocimiento de causa, explica cómo a través del sistema educativo el gobierno de Israel se dedica a adoctrinar y producir soldados.

“El racismo requiere una mentalidad formada por la educación. A fin de racionalizar y justificar la limpieza étnica, el sistema educativo israelí presenta a los palestinos como culturalmente inferiores, violentos e inclinados a la aniquilación de los judíos; y al mismo tiempo, carentes de una verdadera identidad nacional. La identidad nacional palestina no es más que el producto de alguna imaginación antisemita”, afirma.

Los niños israelíes son educados para ver a los palestinos como un problema que debe ser resuelto y como una amenaza que debe ser eliminada. Los palestinos son presentados como una amenaza existencial mediante comparaciones absurdas, como la de Yasser Arafat con Hitler y la de los palestinos con los nazis. Como los niños israelíes nunca se encuentran con palestinos, lo único que saben de ellos es lo que aprenden en la escuela.

Des-arabizar la historia de Palestina es un elemento crucial de la limpieza étnica. Se banalizan 1 500 años de cultura y dominio árabe y musulmán en Palestina; se destruye la evidencia de su existencia.

Cualquier judío tiene el derecho, por la ley israelí “del retorno”, a inmigrar a Israel. Se lo llama “derecho de nacimiento”, aunque no hayan nacido allí. Sin embargo, todo palestino que nació allí, pero que fue expulsado, no tiene derecho a retornar. Muchos de ellos no tienen ni siquiera el derecho a visitar el país.

Estos privilegios no son la razón original del conflicto, pero demuestran que Israel no está interesado en ponerle fin. Los especialistas coinciden en que resolver el problema palestino es la clave para conseguir paz en Oriente Medio. Para eso, Israel primero debe respetar el derecho del pueblo palestino a existir y a tener un Estado.



FOTO DE LA AUTORA